

regocijo. Para esto, ha utilizado de forma revolucionaria viejas estructuras literarias que renueva con sagacidad y que la autora del libro ha sabido descifrar.

Como conclusión a esta reseña, creo que debo mencionar que se trata de un libro muy recomendable para el estudio de la figura del poeta cordobés, que analiza de manera profusa fuentes literarias de las que también estaba muy imbuido don Francisco de Quevedo y que resulta de muy agradable lectura. Estoy seguro que va a ser muy útil en las investigaciones futuras de la poesía de esa época, no sólo en la poesía de don Luis, sino también de otros ingenios. Considero también necesario felicitar al editor por la presentación magnífica de este libro, la calidad de las ilustraciones y la belleza del conjunto.

J. Enrique DUARTE  
Universidad de Navarra / GRISO

**Francisco de Quevedo, *Providencia de Dios. (Tratado de la inmortalidad del alma y Tratado de la divina providencia)*, ed. Sagrario López Poza, A Coruña, SIELAE, 2015, 379 pp. (ISBN: 978-84-608-5147-9)**<sup>1</sup>

Para el común de los mortales que siquiera le ha oído mencionar, el máximo que evoca el nombre de Quevedo tiene que ver normalmente con una pequeña porción de lo que dejó escrito, representada por poco más que los *Sueños*, el *Buscón* y un puñado de poemas, amén de algún que otro chiste apócrifo y unas gafas muy feúchas. Sin embargo, incluso sus contemporáneos tuvieron una visión hartó parcial de su producción literaria. A su muerte, quedó sin haber pasado por la imprenta únicamente una de las obras maestras de su vena satírica (*La Fortuna con seso*), mientras que muchas de sus obras graves quedaron inéditas, en particular todas (menos una) de las que escribió durante los más de tres años que padeció encarcelado en el hoy hostel parador de cinco estrellas de San Marcos de León.

Gracias a las referencias que hace en algunas de dichas obras y a su correspondencia, sabemos lo mucho que allí sufrió Quevedo, no sólo corporal sino también anímicamente, siendo una de las principales causas del pesimismo que le acometió al final de su vida las derrotas sufridas por la Corona ante las rebeliones de Cataluña y de Portugal que le movieron a escribir en su celda sendos opúsculos polémicos contra ambas naciones. Sus cartas reflejan dolorosamente las pésimas noticias políticas de la primera mitad de la década de 1640, a la vez que revelan las circunstancias de la composición de dos de las tres obras teológico-filosóficas que compuso en San Marcos: *La caída para levantarse* (edi-

1. También en formato digital de acceso libre en *Janus* [en línea], Anexo 4 (2015), publicado el 23/12/2015. URL: <http://www.janusdigital.es/anexo.htm?id=8>

tada críticamente por Valentina Nider en 1994) y *Providencia de Dios*, cuya ejemplar primera edición crítica, obra de Sagrario López Poza, se considera aquí. (La edición crítica de la tercera, *La constancia y paciencia del santo Job*, se espera con impaciencia.)

Estas tres obras tienen mucho en común, en especial como esfuerzos por parte de su autor de mantener y reforzar su moral en las circunstancias más crueles de su vida. La vida y muerte de san Pablo, que Quevedo, al final de *Providencia de Dios*, declara que era una de las que quería anatomizar «para mostrar por dónde vino en los hombres la divina providencia a los fines de su justificación» (p. 319), se exploya en *La caída para levantarse*. Y Job, que Quevedo proclama reiteradamente como el anticipo y arquetipo del sabio de los estoicos, desempeña un papel primordial en *Providencia de Dios* como demostración de que la adversidad, lejos de ser un castigo de Dios, ofrece a los virtuosos la oportunidad para manifestar una heroica santidad.

La edición de *Providencia de Dios* que nos ofrece —o, más exactamente, nos regala Sagrario López Poza, ya que está disponible gratuita e instantáneamente en línea para quienquiera la desee descargar—, es sencillamente admirable. Su excelente introducción abarca lo que se sabe de la prisión del autor en León y de las obras que allí redactó después de pasar incomunicado los primeros seis meses de su prisión. Luego trata la temática de *Providencia de Dios*, su fecha de redacción y la transmisión de su texto. Las secciones dedicadas a analizar la retórica, el estilo y la erudición de la obra, y el claro resumen de su compleja línea argumentativa, son utilísimas para una adecuada comprensión de su composición y su sentido. Y merece una mención especial la solución que se da al problema que ha afectado durante mucho tiempo la misma naturaleza de *Providencia de Dios*: la cuestión de si lo que tradicionalmente se ha presentado como una sola obra en dos partes debe seguir considerándose como tal, o bien como dos obras distintas. (En lo que sigue me referiré a las dos como *Inmortalidad* y *Providencia*.)

En la sección de la introducción dedicada a la estructura de la obra, la profesora López Poza relata cómo el manuscrito autógrafo de Quevedo titulado *Providencia de Dios* contiene únicamente *Inmortalidad*, y cómo ese tratado se publicó por sí solo en Zaragoza en 1700; cómo en 1720 apareció en Madrid una edición de *Providencia de Dios* que incluía *Inmortalidad*, seguida de *Providencia*, y asimismo, como tercer elemento, de *La constancia y paciencia del santo Job*; cómo en 1859 Aureliano Fernández-Guerra separó el tratado sobre Job como una obra aparte; y cómo todas las sucesivas ediciones (menos una de 1882) han seguido ese criterio, considerando *Providencia de Dios* como una obra que consta de dos partes: *Inmortalidad*, seguida de *Providencia*.

En 2014 aparecieron dos importantes artículos sobre *Providencia de Dios*. Uno, de Jesús Villanueva (*La Perinola*, 18), que pone la obra en el contexto de la polémica de su tiempo acerca del ateísmo, propone, muy plausiblemente, que *Inmortalidad* y *Providencia* podían haberse conce-

bido en un principio como dos discursos independientes. El otro, de María José Alonso Veloso (*Analecta malacitana*, 37), que analiza la transmisión del texto, reconoce el protagonismo de la providencia divina en ambos tratados, pero argumenta que no existe fundamento documental que demuestre la intención por parte de Quevedo de considerarlos como formando una sola obra.

En su introducción Sagrario López Poza demuestra que la palabra «Fin» que aparece al final del manuscrito autógrafo de *Inmortalidad* y que la profesora Alonso Veloso interpreta como una indicación de que su autor presentaba dicho tratado como una obra independiente, no fue escrita por Quevedo; observa que *Inmortalidad* lleva dedicatoria, pero *Providencia* no; y recuerda que el mismo Quevedo utilizó profusamente como fuente un libro que ya trataba juntas ambas temáticas, aunque en orden inverso: Leonardo Lessio, *De providentia numinis et animi immortalitate libri duo* (Amberes, 1613). Además, aporta pruebas documentales que demostrarían la intención por parte del autor de que *Inmortalidad* y *Providencia* formasen una sola obra, advirtiendo que, al comienzo de *Inmortalidad*, Quevedo anuncia la necesidad «de que se escriba y defienda que hay dios, que su providencia gobierna el mundo, y que las almas son inmortales» (p. 97); que luego declara: «Empezaré por la inmortalidad del alma para que, enterado el hombre de sí mismo en la mejor parte, sea capaz de esotras dos verdades» (p. 102); y que más tarde vuelve a insistir en «estas tres verdades: que hay dios, que hay providencia, que hay alma inmortal» (p. 137)<sup>2</sup>. De manera que parece más que probable que, por lo menos a la hora de escribir el manuscrito autógrafo de *Inmortalidad*, Quevedo concibió como una sola obra *Inmortalidad* y *Providencia*.

Desde luego, los dos temas tratados por Quevedo en esta obra, la inmortalidad del alma y la providencia de Dios, distan muchísimo de ser originales. Sin embargo, él tenía numerosas razones para dedicarse en San Marcos a desarrollarlos, entre las cuales figurarían, además de su propia desastrosa situación personal, su continuado afán por aprovechar la filosofía moral de los estoicos como antecedente de doctrinas cristianas, tal como había demostrado en obras anteriores, como *La cuna y la sepultura* o su ensayo sobre la doctrina estoica, publicados respectivamente en 1634 y 1635. Por ello, en *Providencia de Dios* hace alarde de recurrir a fuentes clásicas —muy especial y repetidamente, al querer evidenciar la inmortalidad del alma y la providencia divina, a «mi Séneca», «nuestro cordobés» (p. 237), capaz de pronunciar «¡Grandes palabras, confines a los mayores misterios de nuestra fe!» (p. 231)—, y utiliza argumentos estoicos en ambos tratados para desprestigiar lo que vulgarmente se consideran como bienes de fortuna y, a la vez, ensalzar

2. Al comienzo de *Inmortalidad*, Quevedo afirma, además, que «Los que no creen la inmortalidad del alma dicen que ni hay dios ni providencia» (p. 98), y luego se refiere a los ateístas como gente que niega «que hay dios, providencia y alma inmortal» (p. 105).

el valor que representa superar lo que se consideran como males. El hecho de haberse referido el mismo Quevedo en la *Defensa de Epicuro* (que publicó junto con su ensayo sobre la doctrina estoica) a un libro que ya había compuesto sobre la divina providencia, da a entender, además, que hacía tiempo que meditaba sobre el tema.

En su introducción la profesora López Poza ofrece un estudio muy detallado de los testimonios manuscritos e impresos de *Providencia de Dios*, y de la transmisión del texto, que incluye un análisis del manuscrito autógrafo de *Inmortalidad* en el que se describe la filigrana del papel utilizado y las marcas hechas con lápiz introducidas quizás para facilitar una copia posterior. En un apéndice encontramos, además, pormenorizadas descripciones codicológicas y materiales de todas las fuentes de la obra hasta la edición de 1882; en otro apéndice hallamos el aparato crítico que da cuenta de las más de ochocientas ocasiones registradas de lecturas variantes o erróneas de los catorce testimonios empleados; y, en otro más, un índice de voces y conceptos anotados.

En diversos trabajos Sagrario López Poza ha indagado en la utilización que hace Quevedo de sus lecturas, contribuyendo así a la cabal comprensión de la erudición del autor. En *Francisco de Quevedo y la literatura patristica* (A Coruña, 1992) analizó la naturaleza y el papel de sus citas patristicas. Ahora, tanto en su introducción como en sus generosísimas y completísimas anotaciones al texto, la editora identifica las fuentes directas e indirectas de las numerosísimas citas, tanto de autores cristianos como de autores clásicos, que abultan *Providencia de Dios*, y pone de relieve la grande importancia que tienen en la obra escritores jesuitas, algo debido evidentemente en gran parte al hecho de haber encontrado Quevedo en San Marcos varios padres jesuitas que le arroparon y le animaron para escribir contra el ateísmo. Detalla cómo, en 1642, Quevedo envió *Inmortalidad* al jesuita Pedro Pimentel para obtener su opinión y sugerencias, y cómo, en el manuscrito autógrafo, dedicó *Inmortalidad* a su amigo, el P. Mauricio de Áttodo, lector de teología del colegio de los jesuitas de León. La editora analiza también hasta qué punto Quevedo fue capaz de dar la impresión de haber accedido en su prisión a una nutrida biblioteca, ya que, como ella demuestra, pudo explotar no tan solo las obras de escritores clásicos y cristianos que le dejaron sus amigos jesuitas y el obispo de León, sino también florilegios y polianteas. Además de resolver las dificultades que ofrece el texto para el lector de hoy en día y de identificar las fuentes en que se basa (y muchas veces hasta la edición utilizada), las notas incluyen traducciones de todas las muchas citas latinas que no traduce el autor.

Podría preguntarse qué atractivo puede tener *Providencia de Dios* para un lector del siglo XXI, aparte del interés histórico que provee un intento de convencer a los ateístas de la inmortalidad del alma y de la providencia de Dios. (Por cierto, cabe reconocer que, entre otras cosas, Quevedo se anticipa a la famosa apuesta de Pascal: «Encamínate a ganar, y no a perder. Cree al seguro. Si no hay otra vida, hallaraste nada;

así lo soñabas. Si hay otra vida, como es cierto, hallaraste reo y serás castigado» [p. 209]). Lo cierto es que, pese a una utilización que hoy en día parece sin duda excesiva de citas, muchas veces larguísimas y en latín —el obispo de León le recomendó a Quevedo que las tradujese todas!—, la obra goza de una ingeniosa vitalidad dialéctica y de un agudo y elegante laconismo. Para señalar tan sólo algunos pequeños ejemplos casi al azar, leemos que el rey Midas «murió de sed preciosa y de hambre opulenta» (p. 261), que «No es grande la hormiga por estar sobre un monte, ni pequeño un gigante por estar en lo profundo de un valle» (p. 261), y que Empédocles, uno de los defensores de la teoría de la transmigración de las almas después de la muerte, fue «el inventor desta bobería bestial» (p. 202).

Además, *Providencia de Dios* incluye pasajes satíricos delectables. En alguna que otra ocasión recuerdan caricaturas verbales de las obras satíricas del autor (ejemplos más de su ideología intergenérica), como cuando aquí —y tan sólo doy un par de cortos extractos de un pasaje mucho más largo—, ilustra así la idea de que el cuerpo humano presume de ser alma:

Mira una mujer, en quien naturaleza ocupó los pinceles de más cuidadosa hermosura, cuánto estudio pone en desconocerse del ser humano en todo. Añádese la estatura con el chapín, disimula con zonas de plata y bordaduras de ámbar y oro el corcho, viste en pirámide pomposa la dimensión de su persona, miente el bulto que la falta. Añade a su blancura el ampo artificial, baña de resplandor sus mejillas, enciende en rubies sus labios, apriétase el cabello con un zodiaco de diamantes [...]. Y lo mismo has de considerar en los hombres, que arrepentidos de serlo, desmienten el sexo varonil, afeinando la robustez decente con la belleza forastera y comprada. ¡Cuán grande número verás de viejos que lo quieren ser en secreto, y que los ojos den crédito al tintero y no a la pila, procurando hacer cejar las edades atrás y acercarse al nacer por donde vinieron! [...] (pp. 126-128).

Encontramos también algunas magníficas descripciones de cosas mundanas, como, por ejemplo, la del prestidigitador, utilizada por Quevedo para demostrar la incapacidad humana para captar y apreciar la realidad, una descripción deliciosa que comienza:

¿Con cuánto gusto ven todos las sutilezas de un jugador de manos? Venle con las pelotillas arrojar la que tiene y tener la que arroja, mostrarla donde no está y desaparecerla de donde la puso; descubrir tres donde no había una, y no dejar alguna donde estaban cerradas tres; dar a uno en la mano una joya y hacer que la tenga apretada en el puño, y abriéndole él mismo, hallarse con un escarabajo, y sacar la joya que le dio de la bolsa cerrada de otro que no la tenía; meter a otro en la boca un confite, y sacarle una lagartija; quemar un pañuelo con llama viva, y mostrarle sano; cortar una cinta, y dejarla entera (pp. 238-239).

Y alguna que otra vez la obra sorprende por su aparente modernidad. En un momento dado, en su afán por demostrar la necesidad de que la providencia permita lo que se suele considerar como males («la peste, el hambre, las guerras, las ruinas y naufragios»), Quevedo habla casi como un ecologista *avant la lettre*, denunciando «la superfluidad insolente del género humano». Según argumenta, la superpoblación del planeta («crecieron en tan inmensa multitud las gentes») ha producido la necesidad de migrar («obligando las molestias de los sobrados a descansarse con solemnes transmigraciones»), de forma que, «Deseando desembarazarse de la inundación popular, vertían enjambres de vulgo en otros fines, inundándolos», y que ahora «hay tantas ciudades como en otro tiempo chozas». De manera que: «Pesados somos al mundo, apenas nos bastan los elementos, angosta nos viene la tierra, el aire tasado a la respiración; ya no puede la naturaleza sufrirnos» (pp. 199-200).

Prescindiendo quizás de sus citas más extensas, las cuales (si se quiere) son fáciles de saltar, *Providencia de Dios* es una obra cuya lectura todavía es capaz de dar gusto. En esta primera y definitiva edición crítica podrá dejar satisfecho a todo tipo de lectores, desde el más académico hasta el más diletante.

Henry ETTINGHAUSEN  
University of Southampton

**Quevedo, Francisco de, *Obras completas en prosa. Tratados políticos. Volumen quinto*, dir. Alfonso Rey, Madrid, Castalia, 2012, 1258 pp. (ISBN: 978-84-9740-455-6)**

Hace dos años, con motivo de la aparición de este quinto volumen de las *Obras completas en prosa* de Quevedo, su director, Alfonso Rey, publicó en esta revista un balance provisional del camino recorrido hasta ese momento. Recuerda allí el romanticismo de Aureliano Fernández Guerra, que llevó a cabo, en soledad, la titánica empresa de editar y anotar la obra completa de Quevedo; pero reconoce a la vez que solo un equipo competente y nutrido como con el que él ha contado, es capaz de alcanzar los resultados que revisa en su balance: un equipo de especialistas que ha colaborado en la edición de esas casi 40 obras de Quevedo y que se ha enfrentado con éxito a los conocidos problemas en la edición de la obra quevediana: la dificultad sintáctica, la conocida alteración de la sintaxis en los textos quevedianos que se complica aún más por el uso de figuras retóricas en contextos sentenciosos. Siempre pensando en el receptor, en el lector, el director de la obra ha conseguido que su equipo resuelva estas dificultades dirigiendo su labor filológica hacia la elucidación y el comentario, a través de una minuciosa y pormenorizada anotación a pie de página. Por otro lado, la puntuación de los textos fuente dista mucho de la del siglo XXI; aquí se han tomado